

Control de la Natalidad y Pobreza en América del Sur

por Marcelo Medeiros, Centro Internacional de Pobreza

La opinión de que inducir el control de la natalidad es una estrategia importante para la reducción de la pobreza es aún popular en grupos con un poder político razonable. Por ejemplo, las inquietudes acerca de los aumentos en la fecundidad formaron parte del debate sobre los resultados de los programas de transferencias monetarias que brindan beneficios de manera proporcional a la cantidad de hijos en un hogar, como Bolsa Escola en Brasil y Progresá en México. Además, un estudio de las elites empresariales en Brasil ha demostrado que cerca de un cuarto de las personas entrevistadas creía que el control de la natalidad debería ser la principal iniciativa para combatir la pobreza en el país (Reis y Cheibub, 1995). La lógica en la que se basa esto es muy intuitiva: muchos hijos en una familia equivale a menos manos alimentando más bocas, ya que por lo general los niños dependen económicamente de sus padres. Por consiguiente, cuantos menos hijos tengan las familias pobres, mejor para la reducción de la pobreza en el país.

Cuando se considera que una pareja con diez hijos tiene mucho más posibilidades de estar en la pobreza que una pareja sin hijos, el argumento a favor de políticas activas de control de la natalidad parece perfecto. Por otra parte, transferir a los pobres, especialmente a las mujeres pobres, la responsabilidad de evitar la reproducción de la pobreza a través de generaciones puede sonar cómodo para algunos.

No obstante, la evidencia sugiere que este argumento es incorrecto para la mayoría de los países sudamericanos. Aunque una mayor fecundidad puede conducir a algunas familias a la pobreza, las familias pobres tienen un tamaño promedio similar al de las que no son pobres. En la mayor parte de los países de la región, las tasas de fecundidad no son altas: alrededor de 2,4 hijos por mujer. Estas son tasas promedio, pero como el segmento de bajos ingresos de la población es evidentemente mayoría en estos países, el promedio es representativo de los pobres. Dichas tasas muestran que, generalmente, las mujeres pobres ya emplean algún tipo de control de natalidad. Desde luego, hay excepciones, pero no son muy comunes.

El cuadro muestra cuál sería el efecto sobre el índice de pobreza de unas restricciones simuladas en cuanto al número de hijos en los hogares brasileños. En las columnas se encuentra el número máximo de hijos que un hogar tendría permitido tener en la simulación. Sin ninguna restricción, el índice de pobreza observado en la población brasileña es del 33% para el umbral de pobreza utilizado.

La simulación muestra que incluso si ninguna mujer en Brasil hubiera tenido un hijo en los últimos 15 años, la proporción de pobres en la población aún no sería menor al 30% (Medeiros, 2003). Esta es una clara señal de que, con una perspectiva realista, un incremento en el control de la natalidad resultaría en pocos cambios en el índice de pobreza actual y tendría altos costos sociales. En la actualidad, es posible que las políticas para lograr reducciones marcadas en la fecundidad deban interferir demasiado en las decisiones familiares; además, pueden convertirse en una trampa para el futuro. Una reducción del 20% en los niveles de fecundidad sudamericanos es suficiente para hacerlos descender por debajo de niveles de reemplazo. Si esto sucede, en las próximas generaciones, tendremos una pirámide de población invertida, con una alta dependencia demográfica, y, por ende, podríamos estar transfiriendo la pobreza de los niños de la actualidad a las personas mayores del futuro. Las políticas de erradicación de la pobreza no se beneficiarán por centrarse en la reducción de los tamaños de las familias. El problema, como varios estudios lo indican, radica en incrementar los ingresos familiares.

El escaso efecto que las reducciones en las tasas actuales de fecundidad ejercería sobre la pobreza no acarrea la conclusión de que el acceso a métodos anticonceptivos es innecesario para las mujeres pobres. No existe duda alguna de que la libertad para decidir el tamaño de la propia familia es un derecho reproductivo importante. Asegurar este acceso es cuestión de garantizar los derechos reproductivos de las mujeres y de mantener bajas las tasas de fecundidad. Las mujeres pobres desean controlar la reproducción y necesitan que el Estado les proporcione los medios para hacerlo. Lo que no necesitan son políticas de control de la natalidad que las obliguen a hacerlo.

Índice de pobreza luego de restricciones simuladas en el número de niños nacidos - Brasil - 1999

Años desde implementación	Sin hijos %	1 hijo %	2 hijos %	3 hijos %	4 hijos %
15 años	27	34	36	35	34
10 años	30	35	35	34	34
5 años	32	34	34	34	33

Fuente: Medeiros (2003), aplicando un umbral de pobreza de R\$ 80,97 (aprox. US\$ 43), valores de septiembre de 1999.

El **Centro Internacional de Pobreza (CIP)** es un proyecto en conjunto entre el Programa de la Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) y el Gobierno de Brasil para promover cooperación Sur-Sur en investigaciones aplicadas y capacitación sobre pobreza. El CIP se especializa en analizar los temas de pobreza e inequidad y también en ofrecer recomendaciones basadas en investigaciones para la formulación de políticas dirigidas a la reducción de la pobreza. El CIP está ligado directamente con el Instituto de Investigación Económica Aplicada (IPEA), cual realiza investigaciones para el Gobierno del Brasil, y con el Bureau for Development Policy, PNUD.

EL CIP publica Working Papers, Policy Research Briefs, *Poverty in Focus*, One Pagers, y Contry Studies.

Informaciones sobre el CIP y todas las publicaciones disponibles en:
www.undp-povertycentre.org